

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

El llanto de los pájaros

el paseo | narrativa

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

ISABEL ÁLVAREZ

El llanto de los pájaros

XXIX PREMIO DE NOVELA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

el paseo, 2024

 **u²cicus**
Centro de Iniciativas Culturales de la Universidad de Sevilla

Esta novela, *El llanto de los pájaros*, de Isabel Álvarez, resultó ganadora del XXIX CERTAMEN DE LETRAS HISPÁNICAS DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA «RAFAEL DE CÓZAR» (AÑO 2022/2023), en la modalidad de NOVELA, tras deliberación celebrada el día 20 de noviembre de 2023, en la sede del Centro de Iniciativas Culturales de la Universidad de Sevilla (CICUS), por un jurado presidido por Luis Méndez Rodríguez, director general de Cultura y Patrimonio de la US, y formado por Eva Díaz Pérez, Ignacio F. Garmendia, Verónica Pacheco y David González Romero (en representación de El Paseo editorial).

© Isabel María Álvarez Martín, 2024
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2024
www.elpaseoeditorial.com

1.ª edición: abril de 2024

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL
Cubiertas: Jesús Alés (www.sputnix.es)
Corrección: Alejandro Gago
Impresión y encuadernación: Gráficas La Paz

I.S.B.N. 978-84-19188-44-1
DEPÓSITO LEGAL: SE-1358-2024
CÓDIGO THEMA: FBA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

Contenido

1. Matías	II
2. Las heridas del pueblo	81
3. Los hermanos	105
Agradecimientos	137

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

*A Susana,
compañera de viaje
desde el inicio,
aunque por rutas distintas*

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSION

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

1. Matías

El cementerio era un lugar tenue, frágil, apenas treinta tumbas escondidas entre matojos de hierba alta que crecían al amparo de una nube gorda, una nube como panza de embarazada, que colgaba de la falda de la montaña y, de tanto en tanto, paría goterones gruesos que repicaban sobre las losas de piedra.

Todos los entierros eran distintos. Los había breves, apenas unos pocos deudos enlutados y, al frente del cortejo, una mujer seca, encogida, que clavaba los ojos enrojecidos en la losa que se cerraba sobre el sudario; normalmente, la madre. Esas tumbas resistían frente a la vegetación circundante, gracias al cuidado constante de manos delgadas, cada vez más envejecidas y sarmentosas, que mantenían a raya la hierba sin dejarla enseñorearse de la lápida, sobre la que nunca faltaban ramos de flores vivas, flores silvestres reunidas con mimo de florista, ramos con tallos encajados en una esponja embutida en un tiesto blanco de cerámica, aprovechado una y otra vez en un renacimiento de pétalos de colores.

Otros entierros pasaban sin pena ni gloria, las tumbas ignoradas tras el responso apresurado del cura, al que retiraban de prisa en un taxi: «Por aquí, padre, ahora iremos a tomar un chocolatito», y el infeliz del muerto se quedaba olvidado, a merced de la hierba alta y de la lluvia próxima.

También había entierros que parecían una feria, una concurrencia sin fin de carros, coches y coronas. Esos muertos, pobrecitos, solían ser luego los más abandonados. Una vez que el paso de los días secaba las flores y el viento arrancaba las leyendas de los lazos —«Tus hijos no te olvidan»—, los esqueletos de las coronas quedaban enhiestos como espantapájaros inútiles, relegados en el camposanto de la indiferencia.

¿Te acuerdas, Julio, cuando, escondidos, acechábamos las comitivas fúnebres, los ojos asomando por encima de la tapia de piedra? Entonces tú me preguntabas: «¿Quién era este, dime, lo conocíamos? ¿Nos toca algo este muerto, Matías?». Y yo negaba con la cabeza, porque nuestros muertos estaban todos caducados, Julio; y ya solo quedábamos tú y yo, fantasmas eternos en territorio enemigo.

A veces, Julio saltaba la tapia del cementerio. Es un decir, porque las piernas de Julio no le permitían saltar. Se me acercaba para que lo cogiese por las axilas y yo lo levantaba en vilo hasta plantarle el culo sobre el reborde de piedra desde el que él se dejaba resbalar, la espalda contra el muro, para aterrizar como podía al otro lado. De goma parecía. Pegaba unos batacazos que le levantaban la piel de las rodillas por debajo del pantalón, pero no se quejaba. Por la noche, costaba quitarle la prenda, porque la sangre reseca había formado sobre la piel unas postillas rojizas que se quedaban adheridas a la tela.

Saltada la tapia, Julio avanzaba como podía por las veredas abiertas entre las lápidas sobre sus piernecillas cortas y gruesas, la cabeza bamboleante como un globo, un tentetieso con patas. Le gustaban las tumbas que albergaban

a alguien vivo; vivo porque aún quedaba quien se acordase de él. En ellas se detenía, cogía una flor, casi siempre roja, y corría —otro decir— de vuelta, sobre las piernas enanas.

Luego, llevábamos la flor a la habitación secreta. En el prado del Cabrito, en el hueco aledaño al vado sobre el regato, donde hay tres enormes piedras que, de pie, forman corro y sirven de escondite y abrigo de vientos airados y miradas esquivas. Julio estaba convencido de que allí era donde madre estaba enterrada, para qué sacarlo de su error, y posaba con unción la flor roja sobre la hierba fresca salpicada de meneítos blancos. Según la lógica de Julio, madre en realidad no estaba muerta, porque seguíamos teniéndola presente cada día, aunque yo cada vez me acordara un poco menos de sus manos, de su regazo, y solo me quedase vivo, nítido y claro como el agua del regato, el recuerdo de sus alaridos la noche en que se la llevaron, agitando los brazos y las piernas, un remolino desatinado de brazos y piernas proyectado en forma de sombras por la luz del candil. Brazos y piernas oscuros, amenazantes en su contorsión furiosa y agitada.

El pueblo estaba recogido, como recostado sobre una loma rematada por un promontorio de piedra que colgaba sobre una hoz tallada, milenios atrás, por un río antaño poderoso. Comenzaba en la base de la ladera, donde se acomodaban las primeras casas habitadas por rostros terrosos. El arrabal lucía calles estrechas y no muy limpias; calles sin árboles o, a lo menos, con árboles escasos de tronco raquí-tico, maltratados por los juegos y las patadas de los niños. Troncos que no daban ni para que las parejas grabasen un corazón con unas iniciales dentro. Por las aceras corría la

porquería, mezclados los excrementos de los animales con el agua sucia de los cubos que arrojaban las mujeres una vez terminado, en el interior de patios y casas, un simulacro, casi siempre infructuoso, de limpieza.

En el arrabal se hospedaba la miseria. Luego, más hacia el centro, cercana ya la quebrada, el pueblo se ampliaba, se embellecía, con casas blanqueadas y plazas que se abrían hasta llegar a la alameda, con sus dos hileras de jacarandas de las que colgaban flores moradas y azules. La alameda tenía una balconada paralela al borde del peñasco, que se asomaba al desfiladero. En las casas circundantes, las rejas de los balcones se camuflaban entre tiestos de geranios y los patios se engalanaban con arbustos de jazmín y con árboles frutales de los que colgaban naranjas, limones y nísperos. Las mujerucas del arrabal, con su ropa oscura, sus moños apretados y sus alpargatas de tela, daban paso a mujeres en traje de paseo con las ondas del cabello marcadas bajo capas de laca.

La mayoría de los vecinos nacía y moría en el pueblo, sin haber conocido qué había más allá. El exterior se percibía como territorio lejano y ajeno; hostil y, al mismo tiempo, innecesario. Era una suerte de trueque en que nosotros renegábamos del mundo y este, a cambio, nos ignoraba.

Había dos plazas, la Alta y la Baja. La Alta era apenas una plazuela, asimétrica, encaramada en lo alto del cerro del que reproducía sus contornos. En el centro, una capillita, en torno a la cual se arracimaban las casas más antiguas; casas que, en ocasiones, aprovechaban para cimentarse la propia roca que asomaba, aquí y allá, en forma de tolondrones de piedra que parecían excrementos de gigante y que invadían las aceras. Más de uno habría tropezado con ellos, si no hubiera sido porque todos conocían al dedillo la forma

y situación de cada uno, de tal manera que no precisaban verlos para sortearlos. Los tolondrones se encalaban para disimularlos, para que pareciese que formaban parte de la fachada, pero no; asomaban impertérritos y eran lo primero en desconcharse de la casa. Con el roce del paso, se levantaban las láminas de cal, abriendo una especie de cráteres en la pintura que deslucían el blanco de las viviendas. Por poco tiempo, porque en el pueblo se acostumbraba a encalar cada verano.

Aquellas casas viejas del cerro se ladeaban a veces, perdían la vertical, como borrachos que se apoyasen un momento para no caerse y, sin darse cuenta, se quedasen dormidos de pie. Nunca llegó a desplomarse ninguna, que se sepa, pero más de una llegó a combarse de tal manera que parecía que estuviese amenazando a la colindante con caérsele encima.

Alrededor de la plaza Alta, las calles bajaban estrechas y empinadas, enroscándose unas sobre otras como concha de caracol. Había casas que contaban con un pequeño corral o con un huerto. Las más modestas, que no disfrutaban de ese desahogo, tendían una cuerda de un lado a otro de la fachada para colgar la ropa y secarla al sol. O se concertaban con el vecino de la acera de enfrente, y tendían la cuerda directamente de lado a lado de la calle. Los días de colada, las cuerdas vomitaban la intimidad de sus propietarios y exhibían calzones destartados, camisas descosidas y pantalones agujereados que se recogían a la bulla, no bien terminados de secar, para esconder la escasez y las vergüenzas.

Más abajo del cerro, las calles se allanaban y ensanchaban, al tiempo que las casas perdían personalidad y se alineaban formando rectángulos de una sola planta con

ventanucos minúsculos. Casas oscuras construidas a trompicones, con pocos medios, en una zona donde abundaba la piedra y escaseaba el vidrio, que desembocaban en una plaza que se llamaba de la Iglesia, pero que todos conocíamos por plaza Baja. La iglesia fue construida siglos atrás con piedra traída de la sierra, y ahí debajo debía seguir la piedra, pero tantos años de enlucir fachadas la habían borrado y ocultado tan a conciencia que nadie habría sospechado de su existencia bajo las innumerables capas de cal. Los muros del templo lucían lisos y blancos, como si quisieran simbolizar la pureza de la Virgen del Refugio, la patrona del pueblo, cuya imagen custodiaba, celoso, el cura. Solo se sacaba en procesión el día grande de las Fiestas Mayores, en que salía, temprano en la mañana, a recorrer las calles que la separaban de la capillita de la plaza Alta, donde quedaba expuesta para que le llevarsen flores y exvotos. Y, al atardecer, de vuelta a la iglesia.

En aquella plaza, formando ángulo con la iglesia, estaba la casa parroquial, donde vivía don Eutimio, reconocible por su perfil recortado en la ventana y el aroma a tabaco que se entremetía por las grietas de los adoquines y ganaba la plaza entera. Enfrente de la iglesia, había un edificio modesto, de dos plantas, con paredes abombadas y un gran balcón con un mástil en el que ondeaba una bandera, coronada toda la edificación por un letrero pomposo: «Casas Consistoriales», como si la utilización del plural le prestase más categoría; pero no eran varias, sino una sola la Casa Consistorial y, además, no muy lucida. La plaza la cerraban, en un lateral, el taller de doña Pura y, en el otro, el mercado con sus puestos de frutas y verduras. La tierra se rendía, generosa y fértil, alrededor del pueblo. Las hortalizas crecían sin necesidad de mucha agua; se criaban casi

solas. Cada día, montones de basura se acumulaban a las puertas del mercado.

Solo yo sabía que el pueblo estaba maldito.

Del pueblo salían dos carriles de albero: uno que bordeaba el desfiladero y otro que llevaba al cementerio. El tercero, el que conducía a la estación donde hacía años que ningún tren paraba, se hundió un invierno de lluvias desatadas, a la altura de la Revuelta del Roble y, dado su escaso uso, nadie se molestó en rellenar el socavón. Senderos había muchos. Salían y llegaban hasta al pueblo a docenas, serpenteando entre la hierba y la roca. Para el que los conocía y los sabía utilizar, conducían a todos los lugares. También había una carretera, asfaltada, que nacía junto a la entrada del cementerio, y se suponía que unía el pueblo con el mundo, pero pocos la utilizaban.

Nuestra choza quedaba fuera, a varios kilómetros del pueblo. Había que cruzar el prado del Cabrito, lindante con la trasera del camposanto, y adentrarse por una vereda que subía y bajaba a lo largo de un bosquecillo de pinos, rota la monotonía del verde de las copas y el marrón de la corteza por algunos lilos que ponían una nota de color brillante. Acabado el bosquecillo, la vereda moría. Comenzaba el bosque, con los troncos añosos de hayas de crestas frondosas que tamizaban el paso de la luz. Allí principiaba el país de los desterrados, donde vivíamos con madre y el bebé. Pero, después de lo que pasó, ya solo quedábamos Julio y yo.

Cuando estábamos todos, nos apiñábamos él y yo en la misma yacija, uno con los pies para un lado y el otro para el contrario. El hacinamiento compartido no me dificultaba el sueño, aunque a Julio le oliesen los pies. Era la única

manera de acomodarnos, por el tamaño de la cabeza de Julio, aunque en esos días aún no le hubiese crecido hasta las proporciones extremas que tomó después. Madre dormía en el otro jergón.

De vez en cuando, siempre a la noche, aparecía delante de la choza algún hombre del pueblo y madre nos hacía salir. Si hacía frío, nos daba una manta para que nos arrebujásemos bajo un castaño cercano que parecía puesto a propósito, las raíces salientes cubiertas bajo un manto de helecho. Era un castaño huérfano que se obstinaba en resistir entre las hayas, lo bastante alejado de la choza para que no oyésemos lo que sucedía en el interior. Julio se dejaba caer sobre los helechos, apoyaba la cabeza sobre el tronco del árbol y no tardaba en quedarse dormido. Dormía o hacía como que dormía. Algunas veces, apiñados bajo el castaño, el bebé lloraba en mis brazos y me estrujaba el pecho con sus manitas inquietas, la boquita entreabierta, olisqueándome la pechera. Yo le metía el pulgar en la boca y lo dejaba que chupara, hasta que se cansaba y le vencía el sueño, o hasta que descubría el engaño y reanudaba el llanto. Pero, para entonces, ya el visitante nocturno estaba saliendo, dejando la puerta de la choza abierta a la luz del candil, que proyectaba hacia fuera una tenue claridad. No sé por qué, pero nunca cerraban la puerta al salir.

Yo veía al hombre alejarse, las más de las veces con andares de borracho y, tan pronto como se lo tragaba la oscuridad, contaba hasta cien, despertaba a Julio y regresábamos al interior la choza, más caldeada y húmeda que antes de que saliéramos. Es lo que tienen los lugares pequeños.

La choza no era más que una habitación rectangular. Grande no era. Cuando solo quedamos Julio y yo, nos bastaba. Antes sí se quedaba pequeña, cuando éramos cuatro

y nos apretábamos junto al fogón de leña en las tardes de invierno, huyendo del soplo helado que se colaba por entre las rendijas de los tablones. La choza era muy fría en invierno, y a madre se le crispaba el rostro cuando oía toser al bebé.

Olía raro en la choza. El olor a resina quemada que escapaba del fogón se mezclaba con el de la humedad, que rezumaba y tapizaba de un moho verde los tablones de las paredes, y con el de la bosta prensada mezclada con tierra del piso, formando una capa de mierda añeja que había perdido con el tiempo la peste propia del estiércol, pero no dejaba de tener un aroma peculiar. Ni desagradable ni lo contrario. Era un olor que ya habíamos hecho nuestro.

El fogón estaba incrustado en la pared del fondo. De detrás de la plancha de hierro salía un tubo metálico, negro, que subía adosado a la pared y se perdía hacia el exterior por un boquete abierto en el techo. Fue Roberto quien recortó el hueco en las tablas del techo y se ve que no era muy curioso trabajando la madera, porque el tubo no encajaba con limpieza, sino que quedaban aberturas por las que, cuando llovía, entraba el agua.

Gotas que repiqueteaban al salpicar sobre la plancha de hierro y que, convertidas en regueros cuando arreciaba, apagaban el fuego que latía bajo ella. Después de que Roberto, él también, se fuera, embuté unos trapos viejos en los huecos. Al principio, pareció que aguantaban, pero el primer aguacero fuerte terminó por empaparlos, obligándonos a arrebujarnos bajo las mantas para intentar no mojarnos con las salpicaduras, mientras oíamos el tintineo de las gotas.

Disponíamos de una mesa alargada, colocada en el centro, que cobijaba cuatro taburetes bajo sus patas. Ese era todo nuestro caudal: la mesa, los taburetes y los dos

jergones enrollados durante el día en un rincón. Antes, desplegábamos los jergones al caer la tarde junto a cada una de las dos paredes laterales, a ambos lados de la mesa, pero, desde la noche en que se llevaron a madre, ya no volvimos a utilizar la pared de la izquierda, ni a acercarnos a ella ni a mirar siquiera. Entrené los ojos para que, ni por descuido, descansaran en ese tabique y así me evitaba ver las manchas.

—Deberías de ayudar en misa—me decía la Pepa a la noche, cuando nos dejaba rebañar la costra que se había quedado pegada al fondo del caldero, la sala vacía, una vez cerrada la taberna.

Era buena, la Pepa. No apuraba los fondos del perol cuando servía a la clientela, sino que, acordándose de nosotros, daba el guiso por amortizado cuando aún quedaban, abajo, un par de cucharones de caldo y algunos trozos de patata. De carne no, eso hubiera sido pedir demasiado, porque el marido le llevaba las cuentas tasadas y no se lo habría permitido. Yo, a veces, me preguntaba para qué querría el Juanito tanto ganar y guardar si no tenían hijos, igual quería llevarse los cuartos a la tumba. Pero, incluso cuando el guiso no había dado más de sí, la Pepa siempre se las arreglaba para deslizarnos a escondidas un mendrugo de pan entre la manga y la mano, y nos dejaba sentarnos junto al calor del fogón a dar cuenta de las sobras.

El Juanito hacía como que no estábamos. Apenas cerraba las puertas de la taberna, hacía un lavado somero de los vasos y se recostaba en una silla, cerca del fuego, a dormir hasta que la Pepa lo sacudía y lo enviaba escaleras arriba. Con el marido ya acostado, ella recogía la porquería